

La Cataluña frenéticamente franquista

Habíamos ganado la guerra

Esther Tusquets
Bruguera. Barcelona, 2007
288 páginas. 18 euros

Por Jordi Gracia

MEMORIAS. POR RAZONES ya casi personales, me he emocionado invenciblemente al llegar al final de este libro y leer la enésima variante de confesión de un miembro de la Victoria que se declara por fin vencido, y eso hace Esther Tusquets cuando termina el relato hacia 1956 o 1957: contar los pasos menudos que la desplazan desde una familia de la Victoria y la alta burguesía hacia el sentimiento de pertenecer a los vencidos, seguramente sin saber demasiado bien en-

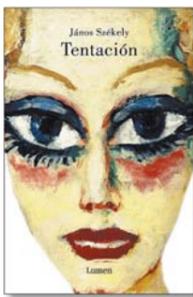
ro que empezó con él siendo una expendedoría de textos religiosos con encargos seguros y regulares (y es allí donde empezará la muchacha Esther Tusquets a trabajar como editora: de eso sabemos por sus valiosas *Confesiones de una editora poco mentirosa*).

Esther Tusquets ha rehabilitado aquí una parte de su biografía que estaba en algunas de sus mejores novelas —y dos centrales: *El mismo mar de los veranos* y *Correspondencia privada*— y al igual que hacía Pío Baroja (pero Baroja no avisaba) ha usado en estas páginas diversos y extensos pedazos de sus novelas, y en particular a propósito de ese gran asunto central que fue la relación enferma con una madre intolerante... sin ocultarse a sí misma la narradora ni ocultarnos a nosotros que ella misma era una niña de mírame y no me toques.

Debió de ser una muchacha insoportable, desde luego, como hija en rebeldía y disconforme pese a la plenitud material y social de su vida. Maravilla saber que ese mundo de la alta sociedad y el dinero real es real, y la gratitud por ese saber es la primera respuesta del lector, aunque no sé si será igual de entusiasta la reacción de quien haya pertenecido a ese entorno, o lo haya vivido de cerca.

Sin acritud ya ni casi resentimiento, se desmonta el escenario y la farsa en este libro, y se despliegan poco a poco los detalles de la decepción sobre la vida de los próximos, o sobre la vida que le esperaba a una misma de no haber puesto *fil a la agulla* para salir de ella y reinventársela después de sacarse de encima algunas cosas turbadoramente ciertas: desde el complejo de superioridad que alimenta la escolarización privilegiada de aquella muchacha hasta la victoria sobre la inmadurez de quien sigue creyó en el falangismo como opción política ya avanzados los años cincuenta, y fue capaz de saltar del caballo.

La valiente honradez del libro y la asunción de contradicciones es seguramente su lujo más alto, por encima quiero decir del lujo de ser y haber sido carne de Liceo: que los padres se ocupasen en domingo de ellos dos, ella y su hermano Óscar, ni se planteaba, por supuesto, aunque sí debían acudir a misa, pese a que el colegio no fuese religioso ni sus padres creyentes. La mezcla es poderosa, y está tan mal contado todavía el franquismo puro y duro y catalán que lo primero que habrá que hacer para contarlos es volver a leerse este libro y sacarle punta a confidencias como la repugnancia de su señora familia por el modernismo —“el colmo del mal gusto”, como opinaba “la mayoría de barceloneses”— o que no haya duda ni incompatibilidad real en que sus padres “eran burgueses, eran de derechas y franquistas, pero eran ateos”. •



Tentación

János Székely
Traducción Mária Stijj
Lumen. Barcelona, 2007
282 páginas. 29,90 euros

NARRATIVA. HAY ESCRITORES CUYA OBRA sólo adquiere vida y reconocimiento a través del lenguaje del cine. Para János Székely, nacido en Budapest en 1901 y que tuvo una existencia nómada entre Viena, Berlín, Los Ángeles, Nueva York, México y que concluyó en Berlín Oriental a finales de 1958, víctima de una grave enfermedad, el cine representó en todos los sentidos su salvoconducto para la posteridad. No se trata del hecho de que sus libros se hubiesen adaptado al cine, sino de que dedicó su creatividad a escribir guiones para el séptimo arte, ya fuese para la UFA alemana en los años 20, participando como guionista en una de las joyas del cine expresionista mudo, *Asfalto* (Joe May, 1929), como luego para Hollywood, donde fue autor, entre otras películas, del elegante melodrama *Deseo* (Frank Borzage, 1936), protagonizado por Marlene Dietrich y Gary Cooper, o la comedia romántica *Adelante, mi amor* (Mitchell Leisen, 1940), por la que recibiría su primer y único Oscar por un guión firmado con el seudónimo de John S. Toldy.

A Székely, apellido que nombra a un grupo étnico de lengua húngara residente en Transilvania, le venía bien el uso de apelativos y otro de los que solía utilizar fue John Penn, con el cual publicó en 1946 la novela de formación *Tentación*, que le otorgaría solvencia internacional en el ámbito estrictamente literario. El recurso del trasfondo cinematográfico tiene asidero en esta *Bildungsroman* debido a que resulta factible establecer paralelismos con los filmes *El último* (F. W. Murnau, 1924) y *Gran Hotel* (Edmund Goulding, 1932), donde brilla la actuación de Greta Garbo gracias a un guión escrito por otro húngaro, el especialista en semiótica del cine Béla Balázs.

Béla es también el nombre del joven protagonista de esta novela orgullosamente proletaria, en parte de formación en parte autobiográfica, ambientada en el periodo de entreguerras de una Hungría conducida por el almirante “sin flota” Horthy, en cuyas páginas se examinan con lupa las andanzas de este personaje salido del infinito dickensiano, abordando los temas de la orfandad y de las privaciones de *Oliver Twist*, la desolación e injusticia de *David Copperfield*, o la determinación por escapar del implacable destino familiar de *Grandes esperanzas*.

Para salir de las privacidades y de su condición de campesino, de la que nunca renegará, el protagonista poeta de *Tentación* deberá ponerse a trabajar como botones en un lujoso hotel de Budapest en un régimen de semiesclavitud, descubriendo que a su alrededor “de las niñas se hacían ramerías; de los obreros, criminales, y de los desesperados, asesinos”. Asimismo será moralmente vapuleado por la inquebrantable diferencia de clases y los peligros de la ideología y de la política, comprenderá que la poesía es el único refugio de sus miserias, que las sibilinas tentaciones del amor y del sexo son una forma lícita de ascensión social, o que la huida como polizón de la pesadilla europea en pos del *sueño americano* puede ofrecerle esa codiciada emancipación redentora.

Como el precoz protagonista ante su primera y fulminante sensación de angustia en la niñez, el lector sentirá de súbito y sin razón aparente una aguda y desconocida tensión en la cabeza y un nudo en la garganta que apenas le dejará respirar, el corazón comenzará a herirse contra las costillas, para ser finalmente invadido por una exaltación punzante, dolorosa, transformando las letras en pequeños estiletos que espolearán sin remisión los claroscuros de una desalma-

da comedia humana. Decir que al final de esta experiencia de iniciación no encontraremos nada reconfortante ni edificante, ningún resquicio para la lástima, la contemplación o el consuelo, no significa desertar de ella. Todo lo contrario. Ese dilema es lo que la convierte en alta literatura y su recuperación editorial un oportuno acierto. **lury Lech**

La nieve

Johanna Schopenhauer
Traducción de Luis F. Moreno Claros
Periférica. Cáceres, 2007
205 páginas. 15 euros

NARRATIVA. PERIFÉRICA, UNA EDITORIAL joven y especializada en recuperaciones, rescata *La nieve*, de Johanna Schopenhauer, y, para ello, ha recurrido como traductor a Luis Fernando Moreno Claros, autor de *Schopenhauer. Vida del filósofo pesimista* (Algaba, 2005). Johanna (1766-1838) era madre del filósofo, Arthur, y la opinión que de él tenía se ilustra perfectamente con el hecho de que le expulsó de su casa porque era incapaz de aguantar su intransigencia. En 1807, llegó a escribirle: “Eres pesado e insoportable y considero hartos penoso convivir contigo (...) Eres incapaz de dominar la manía de querer saberlo todo mejor que nadie, de encontrar faltas en todas partes menos en ti mismo (...) Con eso exasperas a las personas que te rodean, pues nadie quiere dejarse aleccionar e ilustrar de modo tan violento, y menos por un ser tan insignificante como el que tú eres todavía”. A eso se llama amor de madre, aunque el hijo fuera de armas tomar, por muy genio que fuera.

Es tan interesante el prólogo de Moreno



Claros (consumado además con un posfacio), en el que cuenta esta y otras peripecias, que, por comparación, podría temerse que *La nieve* quedara un tanto devaluada, lo que resultaría injusto, ya que este relato largo que no llega a novela tiene todos los ingredientes para dar un buen rato de sano disfrute a quien se acerque a ella sin demasiadas expectativas. Se trata de un drama exquisito y romántico, un poco gótico y folletinesco, delicadamente escrito y bien trenzado, en el que se abren misterios que al final se resuelven y encajan a la perfección y que deja un regusto muy de su época. Y con alguna similitud, entre otras cosas por el escenario alpino de la tragedia central, con la ópera *La Wally*, de Catalani.

La nieve refleja también aspectos interesantes de su autora y su época, ya que se centra en el relato de un invitado habitual a un salón a la moda como el que durante muchos años, mantuvo Johanna en Weimar, con su amigo Goethe como foco de atracción. Y no debía haber demasiada diferencia entre el salón real y el de ficción, ya que era una anfitriona encantadora y hospitalaria, y que la protagonista de la novela, Cölestine, no es sino un trasunto suyo. Refleja además la fascinación que recorrió a los ambientes ilustrados europeos en los siglos XVIII y XIX por una Italia deslumbrante por su paisaje y su cultura, el descubrimiento turístico de una Suiza cuyas cumbres escondían para los románticos una amenaza mortal y el gusto por las pasiones incendiarias pero no consumadas. Añádase a todo ello que Johanna, convertida en escritora profesional por reveses de la fortuna, fue abanderada en utilizar su nombre real, sin escudarse en seudónimos masculinos.

En suma, que tal vez Schopenhauer reuniese más méritos que su madre para pasar a la historia del pensamiento humano, pero que se explica que no se le echara de menos en las veladas de Johanna. **Luis Matías López**



La escritora y editora Esther Tusquets, con su primer marido, Jorge Argente.

tonces qué significaba eso porque apenas pudo enterarse de qué pueda ser una derrota devastadora e irrecuperable, tan lejos de las puestas de largo y los fastos del Liceo, tan ajena a los viajes por Europa para ver al Papa de Roma en Roma, antes o después de los largos veranos.

Ella se va de la madriguera franquista después de haber entrado hasta el fondo de la Victoria porque la Victoria está en su familia y en los de casa, “frenéticamente franquistas”, tanto como para recorrer la Diagonal para poder ver dos veces a Franco en el desfile de la Victoria. Hay en la familia muertos de la guerra y hay un hombre fanático de aquella victoria como monseñor Tusquets, el Juan Tusquets que funda en la guerra las Ediciones Antisectarias y desde 1940 la refunda como la editorial Lumen que ha llegado hasta nosotros pe-